

---

# Fabricar historias

CHRIS WARE

Reservoir Books, 2014

Es difícilmente discutible que Chris Ware sea el autor que más ha hecho avanzar el lenguaje del cómic, al menos en lo que se refiere al publicado en su país, los Estados Unidos. Y lo ha hecho de tantas y tan diversas maneras que resulta casi imposible enumerarlas, aunque, ¿por qué no?, vamos a intentarlo:

Ware ha reducido la línea a sus componentes más básicos, potenciando el significado y la expresividad del trazo caricaturesco; ha devuelto al cómic perspectivas insólitas, como la isométrica, la cenital y los puntos de vista totalmente frontales y laterales; ha recuperado para la novela gráfica formatos de página olvidados como la tira, la página dominical, el plano arquitectónico de sección transversal tan querido por Ibáñez, el recortable y los anuncios que solo pueden verse con lupa; además de utilizar todos los formatos y composiciones de página imaginables, ha roto en buena medida con la lectura lineal de las viñetas, incluyendo en sus obras composiciones en forma de diagrama que pueden leerse de forma circular o entrecruzada; por no hablar de cosas que más que insólitas pueden parecer totalmente alienígenas, sobre todo para el lector que se enfrenta a esto del cómic por primera vez. Como, por ejemplo, narrar desde el punto de vista gráfico de un bebé de varios meses o, incluso desde el de un feto; es decir, representarnos el mundo como lo estaría viendo, supuestamente, alguien de esa edad. O representar la eterna recursividad de la locura no mediante un estilo gráfico atormentado sino... de *forma gramatical*, construyendo secuencias de viñetas y textos que solo se pueden leer en círculo una y otra vez, como un pensamiento obsesivo imposible de deshacer.



Si quisiéramos buscar un equivalente a Ware en otro arte visual narrativo tendríamos que conformarnos con Orson Welles, si bien, el pobre Welles solo tuvo una vez lo que Ware tiene todos los días: libertad creativa absoluta. Le salió *Ciudadano Kane*. Y no le volvió a salir más. Por suerte.

No es que Ware y Welles tengan muchas cosas en común más allá de sus aventuras formales, pero hay algo que sí les une y es la precisión milimétrica con la que conciben sus creaciones, como si cada plano, cada escena, fuera una rueda dentada de cuyo giro depende el funcionamiento del resto del sistema, y a su vez, cada una de ellas fuera una versión, una representación en miniatura, del sistema al completo. Como ese plano secuencia de *Sed de mal* (1958) que contiene en su interior todos los temas y todos los conflictos que estarán presentes en el resto de la película; o como cada una de las piezas que componen este *Fabricar historias* (2005-2012): desde la tira más aparentemente trivial, en la que describe poco más que a la protagonista durmiendo con su hija; hasta su conmovedora pieza central (si es que tiene pieza central todo el material contenido en la caja de esta novela grá..., no, perdón, batiburrillo gráfico), aquella extensa historia de amor, pérdida y recuerdo que publicó en 2007 en el número 18 de *Acme Novelty Library*.



Ya en su momento, ese relato, que dio origen a la caja que ahora publica Reservoir Books en España, resultó apabullante por su forma de traducir al lenguaje gráfico del cómic nociones como la simultaneidad del tiempo dentro del recuerdo (aunque se nota su deuda a *Here* de Richard McGuire, eso sí), con una elegancia y una capacidad de ponerle a uno la piel de gallina que, a mí, la verdad, solo me habían puesto las mejores páginas de Proust. En *Fabricar historias*, Ware amplía aquel material añadiendo a *Acme Novelty Library #18* tiras nuevas, cómics en formato *broadsheet* (hoja dominical tamaño sábana), un libro de páginas de cartón, y todo tipo de materiales de diversos formatos y tamaños. Lo que consigue así es extender sus anteriores tentativas de lectura no lineal de la página a la obra entera. Es decir, *Fabricar historias* no tiene un orden correcto. Puedes empezar donde quieras. Nada nuevo bajo el sol: Cortázar ya lo intentó en *Rayuela...* haciendo un poco de trampa, eso sí. Sin embargo, en *Fabricar historias* funciona a la perfección. Y lo mejor de todo es que consigue lo que quiere: recrear los recuerdos humanos como un conjunto de retazos almacenados en cajones a los que no podemos acceder de modo cronológico, sino como le dé la gana a nuestro cerebro dependiendo de su estado de ánimo.

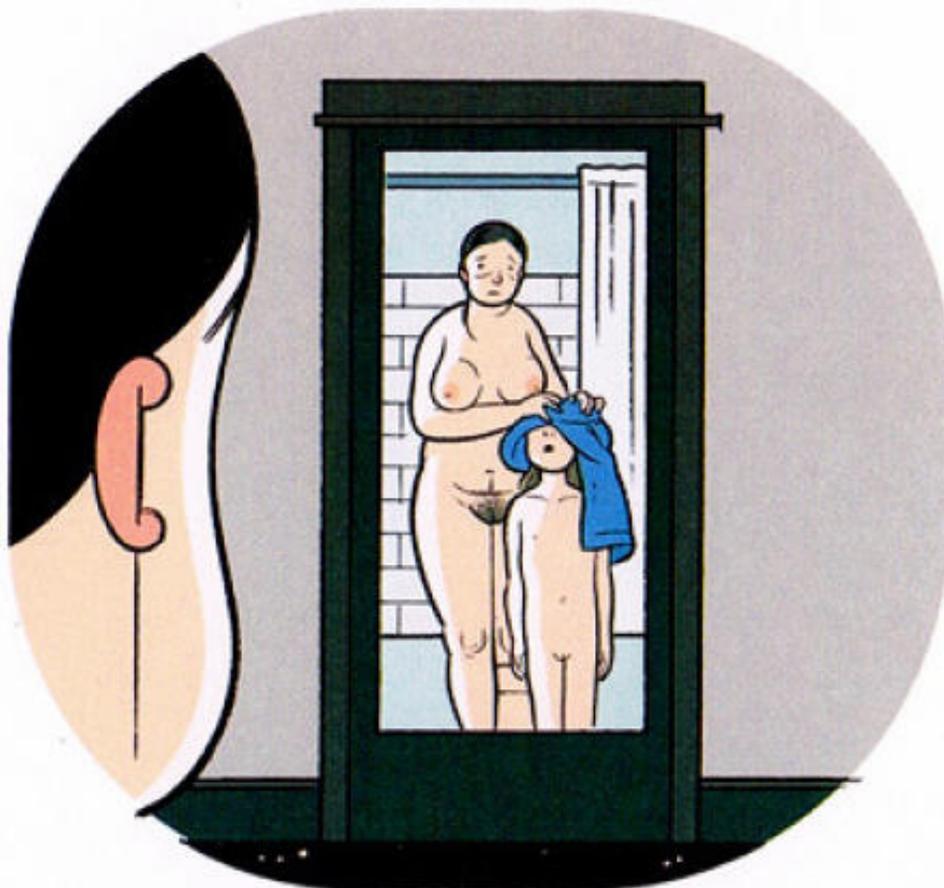
Hay, además, algo muy bonito en *Fabricar historias*. En cierto modo su formato ofrece una suerte de compensación o defensa emocional ante los sufrimientos y la tristeza de la historia que está contando (quizá la más deprimente que haya contado Ware hasta ahora). La brevedad de sus fragmentos nos permite detenernos, hacer una pausa y respirar, o mejor aún, leer otro cómic, sin que los sufrimientos cotidianos de su protagonista nos conduzcan de una historia triste a la siguiente en progresión depresiva. Por otro lado, la visión que uno tiene del conjunto de la historia (que, a pesar de todo, es más cálidamente humana que el resto de la obra del autor: sus amigos dicen, con conocimiento de causa, que a Ware le ha sentado muy bien la paternidad), hace que podamos relativizar las tristezas cotidianas a las

---

que se enfrenta su protagonista en cada uno de los mini-cómics que podemos extraer de la caja. Al fin y al cabo lo único que nos está contando Ware aquí es la historia de una madre que quiere mucho, pero mucho, a su hija. Un avance bastante importante con respecto a *Jimmy Corrigan* y *Rusty Brown*.

Ware será triste y, si nos ponemos, incluso más deprimente que un maratón de películas de Antonioni; pero, eso sí, de frío no tiene nada: no hay nadie en el mundo del cómic, hoy por hoy, al menos en Estados Unidos, que pueda comunicar con un solo trazo la emoción que transmite Ware. A lo mejor sus emociones tienden hacia las tonalidades azules del espectro de lo visible, de acuerdo, pero cuando se propone transmitir un sentimiento, sea cual sea, este es más intenso de lo que uno pueda recordar haber leído en otras páginas. Sin embargo, existe un sentir casi generalizado en torno a Ware, acerca de su frialdad; una percepción mal comprendida, quizá, pero que tiene algo de verdadero. Personalmente hacía años que no me acercaba a un cómic de Chris Ware por miedo. Porque hay algo en su lectura que me hace sentir como si estuviera encerrado en la mansión más bella y delicada del mundo. Una mansión enorme, cuyas dimensiones, de todas y cada una de sus habitaciones, responden a la razón áurea. Una mansión con vistas al Egeo. Pero una mansión de la que no se puede salir.

ELLA: ¡MAMÁ, ME DA MIEDO TENER HIJOS!  
YO: ¿Y ESO POR QUÉ, CARIÑO?  
ELLA: ¡PORQUE ME ASUSTA NO SER CAPAZ DE CONTROLARLOS!



---

Porque la esperanza, en las obras de Ware, solo se vislumbra a través de la ventana, allá a lo lejos, al final de un espacio imposible de transitar. Y si esto es así es precisamente porque así ve el mundo Ware, y es justo que así sea. Lo cual no quita que esa desesperanza sea, a veces, bastante difícil de aguantar. Sobre todo cuando lo que hay dentro de la mansión es tan medido, tan perfecto. Como *Ciudadano Kane*. Por suerte o por desgracia, a Orson Welles le sabotearon creativa o financieramente el resto de su carrera como director de cine; lo cual hizo de él una persona imprevisible, y de sus películas, un conjunto de accidentes. A veces buenos, a veces malos. Pero lo importante es que dejó de ser perfecto.

Chris Ware es uno de los autores de cómic más asombrosos y, sí, por qué no decirlo, emotivos, del mundo. Sin embargo, no hay en él lugar para el accidente, para que la mano se escape a la voluntad del cerebro, dejando sobre el papel un trazo inesperado: una mueca que el artista no quería haber puesto en la cara de su personaje, una mancha fortuita que hace gritar a un personaje con un furor insospechado... Me pregunto a veces si Ware no es, en cierto modo, víctima de su perfección, como lo fue Welles en *Ciudadano Kane*; si esa fijación por calcularlo todo no será, en última instancia, la que impide que sus personajes salgan por la ventana y se echen a correr hacia el mar. Pero, claro, pedirle a Chris Ware un rayo de esperanza es pedirle a un submarino que vuele. Reconozcámoslo: en el fondo nos gusta que siga siendo el rey de los mares.

ROBERTO BARTUAL

*Después de una breve carrera como actor de cine (El abuelo, la condesa y Escarlata la traviesa, Jess Franco, 1994), Roberto Bartual (Alcobendas, 1976) decidió perseguir la mucho más lucrativa carrera de escritor. Co-autor de La Casa de Bernarda Alba Zombi y traductor, actualmente colabora con el colectivo Dátil (Dramáticas aventuras) y Julián Almazán como guionista en varios proyectos relacionados con el cómic. Sus relatos pueden encontrarse en las antologías Ficciones (Edaf) y Prospectivas (Salto de Página). Es editor y redactor de la sección de cómic de la revista digital Factor Crítico. Obtuvo el premio extraordinario de doctorado 2010/11 en la Universidad Autónoma de Madrid con la tesis Poética de la narración pictográfica: de la tira narrativa al cómic, y su investigación en esta área puede encontrarse en publicaciones como Studies in Comics, Journal of Scandinavian Comic Art o Revista de Arte Goya. Aunque ha descubierto que para ganarse la vida tiene que dar clases de Literatura Infantil y Ciencias Sociales en la Universidad Europea de Madrid.*